

dición mas antigua: «Su sermón conmovió al pueblo; predicaba de una manera poderosa y no como los escribas.»

Tal diferencia entre él y los doctores de la ley suscitó muy pronto la enemistad de estos últimos, y ya hemos visto cómo pensaba de la opinión de los fariseos sobre la santificación del sábado y de los preceptos de pureza de estos. Para Jesús, el día de descanso prescrito por la ley era un verdadero día de descanso del hombre y no quería que fuese el hombre esclavo del sábado; el hijo del hombre, ó sea el hombre, debía ser según Jesús el señor del sábado. En los días de trabajo debe el hombre dedicarse á sus ocupaciones usuales y debe disponer libremente del día de fiesta. Este modo de considerar el sábado comparado con las mezquinas argucias de los que discutían si era ó no pecado escribir por la mañana una letra y olvidándola escribir otra por la noche, venía á ser como la aparición del sol radiante en medio del cielo tenebroso. Lo mismo se puede decir respecto de lo manifestado por Jesús tocante á pureza ó impureza: «Nada hay fuera del hombre que entre en él que le pueda contaminar,» por manera que Jesús no se cuidaba de que las vasijas fuesen llanas ú hondas, de barro ó de madera, sobre cuya pureza ó impureza discutían tan profunda como estúpidamente los sabios de Palestina. La expresión en el sermón de la montaña: «A cada árbol se conoce por su fruto,» la entendió Jesús en el sentido de que la pureza ó impureza de una persona se manifestaba en sus obras; las obras manchan ó purifican al hombre, ó como diríamos hoy, le honran ó le deshonran. También hemos dicho ya el motivo de crítica que Jesús dió á los fariseos tratando con publicanos y, como siempre se añade en la Escritura, con pecadores, lo cual explicó diciendo que el médico estaba para los enfermos y no para los sanos. La diferencia entre Jesús y los fariseos tocante al trato con ignorantes, defecto en concepto de los fariseos casi sinónimo del de pecadores por la ignorancia de la ley, era tan grande como la que existía entre el concepto que de la ley tenía Jesús y el que tenían los fariseos; pues el que á cada instante de la vida había de temer contaminarse con el contacto de cosas impuras, no podía tener casi ningún trato con gente ignorante siempre expuesta á contaminarse, y Jesús comía y bebía con publicanos, ilustrando así su precepto en el sermón del Monte: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso,» y esta otra expresión: «(Dios) es bondadoso para con los ingratos y malos.» De este amor al prójimo nada entendían aquellos santos doctores, para los cuales Jesús fué siempre el compañero de los publicanos y pecadores. Para Jesús ninguna importancia tenía todo aquello en que los fariseos mostraban su piedad y religiosidad. También se censuró á los discípulos de Jesús que no ayunaban como los discípulos de Juan Bautista y como los discípulos de los fariseos. Los de Jesús no hacían gala de sus ayunos, porque su maestro quería, muy al revés de los fariseos, que todas las prácticas religiosas y de piedad se hiciesen sin ostentarlas delante de la gente, sobre lo cual tenemos esta hermosa expresión de Jesús: «Cuando des limosna, no hagas tocar trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para ser estimados de los hombres; en verdad os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú das limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha; que sea tu limosna en secreto; y tu padre, que ve el secreto, te recompensará en público. Y cuando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos aman el orar en las sinagogas y en los cantones de las calles en pie, para que los vean los hombres: en verdad os digo, que ya tienen su pago. Mas tú, cuando ores, éntrate en tu cámara y cerrada tu puerta, ora á tu padre en secreto: y tu padre que ve el secreto te recompensará

en público. Y cuando ayuneis no seas como los hipócritas, austeros: porque ellos demudan sus rostros para parecer á los hombres que ayunan: en verdad os digo que ya tienen su pago. Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro; para que no parezca á los hombres que ayunas, sino á tu padre que está en el secreto: y tu padre, que ve el secreto, te recompensará en público.» En estos pasajes se ve también la inmensa distancia entre la religiosidad de los escribas y el sermón de penitencia de Jesús. Para Jesús el dar limosna, el orar y ayunar es la manifestación natural de lo que el individuo agradece á su Dios ó espera de él; mas esto no pertenece á la vía pública, donde solo puede rebajarse lo santo; y por lo mismo no debieron ayunar los discípulos de Jesús á la vista del público. Los fariseos pidieron explicaciones á Jesús respecto de este punto, y habiendo comprendido, por los motivos que hemos expuesto, la intención de Jesús de derribar las vallas que encerraban la legalidad religiosa judía, se comprenderá también la contestación que Jesús dió á estos religiosos de faz macilenta: «¿Podéis hacer que los que están en bodas ayunen, entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días en que el esposo les será arrebatado: entonces ayunarán en aquellos días.» Esta indicación de su muerte no debe sorprender si se atiende á que Jesús estaba continuamente acechado por sus enemigos tan acreditados, y en vista del contraste de sus principios; mas Jesús justifica todavía con otro motivo mas profundo el hecho de no ayunar sus discípulos: «Nadie ponga remiendo de paño nuevo en vestido viejo, de otra manera el nuevo se rompe y al viejo no conviene remiendo nuevo; nadie eche vino nuevo en odres viejos; de otra manera el vino nuevo romperá los cueros, se derramará, y los cueros se perderán.» Jesús quiso decir que el ayunar de los fariseos estaba bien al fariseísmo, pero no correspondía á la doctrina de Jesús. El ayuno como demostración de luto visible estaba bien á la gente cuya religión consistía en tener su cuerpo físicamente puro, pero la religión puramente moral pedía otras manifestaciones.

En una ocasión señaló Jesús la expulsión de un espíritu inmundo de un hombre como el mejor medio de salvar á este hombre del pecado. «Cuando el espíritu inmundo, dice, ha salido de un hombre, anda por lugares secos, buscando reposo y no lo halla; entonces dice: me volveré á mi casa de donde salí, y cuando viene la halla desocupada, barrida y adornada; entonces toma consigo otros siete espíritus peores que él, entran y moran allí, y son peores las cosas últimas del tal hombre que las primeras.» Esta imagen explica por qué los oyentes de Jesús decían: «¿Qué es esto? Predica de una manera nueva y poderosa, y manda á los espíritus inmundos y le obedecen.» No puede inferirse de este ni de otros pasajes que Jesús y sus contemporáneos atribuyeran tal ó cual pecado á un espíritu inmundo que viviera dentro del hombre; pero de todos modos se deduce que Jesús comprendía que el pecado no era solamente una obra dependiente de la voluntad del hombre, sino que era una fuerza que dominaba al hombre; y comprendido así el pasaje, se comprende también por qué Jesús trataba justamente con personas pecadoras, pues para él eran los publicanos mas bien esclavos del pecado que perversos. Pero los fariseos, enemigos de Jesús, aprovecharon el éxito del sermón de penitencia para levantar contra él una acusación terrible, la de ser compañero del demonio, pues que los malos espíritus le obedecían, mientras hasta entonces solo había sido compañero de los pecadores: «Y los escribas que habían venido de Jerusalem decían que tenía á Beelzebub, y que por el príncipe de los demonios expulsaba los espíritus diabólicos.» Jesús deshizo fácilmente la apariencia de verdad que para gente de poca intelligen-

cia podía tener esta acusación, diciendo: «¿Cómo puede Satanás echar fuera á Satanás? Si algún reino contra sí mismo fuere dividido, no puede permanecer el tal reino. Y si alguna casa fuere dividida contra sí misma, no puede permanecer la tal casa. Y si Satanás se levanta contra sí mismo y fuere dividido, no puede permanecer, antes tendrá fin.» Esta es una refutación poderosa ya desde el punto de vista retórico, porque Jesús no solo prueba la inexactitud de la acusación, sino que demuestra también que esta inexactitud hace resaltar la verdad de la próxima destrucción del reino del diablo por Jesús, como la expresa también con tanta claridad como vigor en esta parábola: «Nadie puede saquear las alhajas del valiente entrando en su casa, si antes no atare al valiente; si le ata, entonces saqueará su casa.» Con esto concluye su contestación dirigiendo esta amonestación final á sus contrarios: «En verdad os digo que todos los pecados serán perdonados á los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean las que profirieren; mas cualquiera que blasfemare contra el Espíritu Santo, no tendrá jamás perdón, y estará expuesto á eterno juicio.» Hay que advertir que los contrarios de Jesús, al atribuir el éxito de su sermón á obra del diablo, habían blasfemado contra el Espíritu Santo, pues que Jesús tenía la conciencia de haber hablado por inspiración del mismo Espíritu.

Prescindiendo de las últimas discusiones, de las cuales hablaremos en su lugar propio, se ha conservado otra gran controversia entre Jesús y los fariseos y escribas, en la cual empieza Jesús por atacar las muchas prácticas exteriores y mezquinas de la religiosidad farisaica, la cual al mismo tiempo que carece del sentimiento interior, olvida recomendar la justicia, la misericordia y la fidelidad: «Ahora vosotros los fariseos limpiáis lo exterior del vaso y del plato, mas lo interior de vosotros está lleno de rapiña y de maldad. Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de dentro? Pero de lo que os sobra dad limosna, y vereis como todo os será limpio.» Este es el principio de Jesús que ya conocemos, es decir, que la verdadera pureza de la persona no está en las cosas exteriores, sino en su interior, en su pureza moral: «Mas ¡ay de vosotros, fariseos! que diezmaís la menta, y la ruda, y toda hortaliza; mas el juicio y la caridad de Dios pasáis de largo. Pues estas cosas era necesario hacer, y no dejar las otras.» En este pasaje censura Jesús la exactitud en las cosas pequeñas y la indiferencia en las cosas capitales. «¡Ay de vosotros, fariseos! que aspiráis á las primeras sillas en las sinagogas y á las saluciones en las plazas. ¡Ay de vosotros! que sois como sepulcros ocultos que no se ven por los hombres que andan encima.» Aquí se dirige el primer ¡ay! contra la vanidad de los fariseos, y el segundo ¡ay! contra su hipocresía. Después de esta censura general del partido fariseo, se dirige Jesús en particular contra sus jefes ó sean los doctores de la ley, y dice: «¡Ay de vosotros también, doctores de la ley! que abrumáis á los hombres con cargas que no pueden llevar; mas vosotros ni aun con un dedo tocáis las cargas.» Era que todo el afán y gozo de estos doctores de la ley consistía en dar innumerables reglas para los casos igualmente innumerables de la vida humana, por manera que quitaban al individuo todo movimiento independiente, mientras ellos no tenían tiempo de cumplir sus propios preceptos (1). «¡Ay de vosotros! que edificáis los sepulcros de los profetas, y los mataron vuestros padres. De cierto dais testimonio de que consentís en los hechos de vuestros padres: porque á la ver-

(1) De esto se encuentran muchos ejemplos en la *Misna*, como éste: El rabino Gamaliel tomó un baño la primera noche después de haber muerto su mujer, y cuando sus discípulos le dijeron que él les había enseñado que estaba prohibido bañarse al que llevaba luto, les contestó: «Yo no soy como otras personas, pues tengo la naturaleza débil.»

dad ellos los mataron, mas vosotros edificáis sus sepulcros. Por lo tanto, la sabiduría de Dios también dijo: les enviaré profetas y apóstoles, y de ellos á unos matarán y á otros perseguirán. Para que de esta generación sea demandada la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la fundación del mundo; desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo: así os digo, será demandada de esta generación.» No debe sorprender que Jesús hablase con frecuencia de la culpa que pesaba sobre el pueblo por haber muerto á los profetas; pues que al poco tiempo de haberse presentado en público no podía dudar ya un momento de la suerte que le aguardaba; y si bien no se espantaba del sacrificio de su vida, sabía que el aumento continuo de la culpa traería en pos de sí el juicio de Dios. Por sus propias luchas conocía que la culpa principal del asesinato de los profetas tocaba á la impía gente religiosa, que á pretexto de religiosidad mataba á los profetas y por la misma religiosidad honraba su memoria con sepulcros. Termina, pues, Jesús su discurso con esta observación clarísima: «¡Ay de vosotros, doctores de la ley! que echáis la llave al conocimiento del reino de los cielos y vosotros ni entráis ni dejáis entrar.» De aquí se desprende que para Jesús la ley era la llave del conocimiento de la voluntad de Dios, pero comprendía que los doctores de la ley cerraban con sus miedos el camino que conducía á este conocimiento.

Jesús tenía una idea tan superior á todos sus contemporáneos de los defectos de la religiosidad de los fariseos, porque le guiaba un ideal de la vida del hombre enteramente diferente del farisaico, ideal derivado del espíritu religioso del Antiguo Testamento, cuyos rasgos principales ya conocemos. Quería un amplísimo amor al prójimo unido á mucha paciencia y concordia; que el hombre se formara su criterio religioso sin dejarse dominar por lo que pudiera decir la gente, es decir, un criterio religioso sin vanidad ni hipocresía. Estos son los principios que en los discursos de Jesús encontramos á cada paso, á los cuales se agrega una tercera exigencia: la de la confianza en Dios. Tenemos de Jesús un discurso de alguna extensión en el cual exhorta á tener confianza en Dios. Este discurso empieza con una parábola: la tierra de un rico ha dado mucho producto, y reflexionando el propietario que sus graneros no bastan para recibir todo el fruto, se propone construir graneros mayores para vivir muchos años regaladamente cuando tenga sus frutos en seguridad; mas á la noche de haber decidido esto, muere; y entonces se dirige Jesús á sus discípulos y les dice: «Por tanto os digo: no os afaneis en pensar lo que comereis y cómo os vestireis en el porvenir. El alma vale mas que la comida, y el cuerpo mas que el vestido.» Ya Jesús había manifestado esta idea en la visión de la tentación cuando respondió al tentador que el hombre no vivía solo de pan, sino de todo lo que salía de la boca del Señor. En el caso presente quiere decir evidentemente, que el hombre al cuidarse del alimento y del vestido, no debe olvidar las necesidades mas importantes que debé satisfacer que son las del alma, á la cual el cuerpo debe servir. Demuestra Jesús esta obligación con una comparación que solo puede aplicarse á países de clima privilegiado como los de la latitud de Palestina, porque dice: «Contemplad los cueros de los que ni siembran ni siegan, que ni tienen cillero ni alfóli; y Dios los alimenta. ¿Cuánto mas estimables sois vosotros que las aves?» Aquí no debe pasarse por alto que Jesús considera la especie humana en esta parábola como en oposición á la especie animal, en lo cual se reconoce la gran influencia de la educación judía del pueblo israelita. Estaba casi fuera del alcance del judío anterior al destierro la idea del valor de la unidad de la especie humana, porque cuando el profeta Miqueas anuncia que se ha dicho al hombre lo que es bueno, esta fra-

la vida eterna, ya que tampoco el mayordomo infiel ha restituido lo usurpado ni ha merecido conservar su empleo. Se obtiene el perdón de Dios, en el concepto de Jesús, observando una conducta correcta al conocer su pecado, y sería tergiversar el modo de ver de Jesús si aquí se quisiese teorizar sobre el motivo del perdón de Dios. El propósito de Jesús en esta parábola es que el conocimiento de la propia culpa debe impulsar al hombre pecador a mejorar su conducta moral.

Otra idea enlazada con el perdón de Dios, y que Jesús tampoco se cansa de inculcar, es la certidumbre de que el haber sido perdonado obliga a perdonar las faltas del prójimo. Esta idea, que ya hemos encontrado en la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, se halla explicada también en una parábola. Un amo bondadoso castiga a un esclavo a quien ha perdonado una gran deuda, el cual no quiere perdonar una deuda pequeña a un compañero de esclavitud. Así es como aun las ideas en apariencia puramente religiosas de Jesús conducen al terreno propiamente moral. La idea del perdón de los pecados supone que el hombre debe a Dios cuenta de sus obras; y la idea de este deber, ó sea del juicio, ocupó en la imaginación de Jesús un puesto importante. El juicio para Jesús es siempre un suceso que se presenta súbitamente unido a la venida del Hijo del hombre, como se lee en el libro de Daniel, que contiene su explicación más minuciosa. Tenemos de Jesús una descripción bastante extensa del juicio venidero y además una multitud de consejos sobre este punto; pero antes de examinar estas relaciones del juicio es menester echar una mirada al juicio que Jesús hizo de sí mismo. Respecto del origen y paulatino desarrollo de este juicio nos dicen muy poco los escritos que se han conservado; pero nos dicen lo más importante respecto de su manifestación gradual y cada vez más clara.

Ya hemos descrito el efecto que en la imaginación de Jesús, en el momento de su bautizo por Juan, produjo el ver abierto el cielo encima de sí y bajar de lo alto el Espíritu Santo en forma de paloma y el oír una voz que le designó como el Hijo querido de Dios. También hemos dicho que la visión de la tentación suponía una idea de su calidad de hijo de Dios muy especial y originada por la visión del bautizo. Parece que la primera declaración explícita que Jesús hizo de su calidad fué originada por la circunstancia de haber enviado Juan el Bautista desde su cárcel dos discípulos suyos para preguntar a Jesús: «¿Eres tú aquel que había de venir, ó esperamos a otro?» A esto contestó Jesús dirigiéndose a los enviados: «Id, dad las nuevas a Juan de lo que habeis visto y oído: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres es anunciado el Evangelio, y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí.» Esta expresión llegó a ser la fuente principal de los milagros que posteriormente se atribuyeron a Jesús. Frases como estas y como la expresión en la cual se llama Jesús a sí mismo el médico verdadero para los enfermos, y el discurso de la expulsión de los demonios, van todas encaminadas a manifestar el efecto maravilloso de los sermones que Jesús pronunciaba. La expresión de que a los pobres era anunciado el Evangelio tiene el mismo sentido que el principio del sermón del Monte; la expresión: los muertos resucitan, recuerda esta otra expresión de la parábola del hijo perdido: era muerto y ha resucitado; y tocante a la expresión relativa a los leprosos que se limpian, debe entenderse que bajo el nombre de leprosos aludía Jesús a los hombres execrados que vuelven tan limpios como los que Jesús califica de bienaventurados; porque si nos figuramos, como debemos, que Jesucristo estaba rodeado siempre de una gran multitud

de personas, no podía haber de ningún modo entre estas personas leprosos verdaderos. Respecto de los ciegos que ven, ya sabemos que Jesús llamaba ciegos a los fariseos, y que también en el sermón del Monte habla de ciegos que quieren conducirse uno al otro y caen ambos en la hoya. La exhortación de Jesús: quien tenga oídos que oiga, va dirigida, evidentemente, no a personas materialmente sordas sino a las que no querían oír. En ningún discurso de Jesús de los que se han conservado se habla de cojos en sentido figurado, pero esto es una pura casualidad si atendemos a la frecuencia de este defecto espiritual y a la frecuencia con que Jesús se sirvió de expresiones figuradas. El sentido figurado del discurso de que aquí tratamos está confirmado por el principio del mismo discurso; pues si los discípulos de Juan tenían cargo de referir a éste lo que habían visto y oído, podría suponerse que Jesús hubiese efectuado en presencia de ellos los milagros de que hablan, pero si esto es posible hasta cierto grado con ciegos, sordos y cojos, no es tan posible, en cualquier momento dado, respecto de la curación de leprosos ni de la resurrección de muertos. No sin motivo describió Jesús en esta ocasión su actividad pública como la curación maravillosa de toda miseria terrenal. Juan entendió evidentemente por «el que ha de venir», al Mesías, porque así lo indica además la segunda pregunta: «¿O esperamos a otro?» pues si ha venido el que ha de venir, se han cumplido todos los deseos y no se aguarda a nadie más. La contestación de Jesús es a todas luces afirmativa, y los discípulos de Juan pudieron ver con sus propios ojos cómo Jesús hacía desaparecer toda miseria humana. Si aquellos mensajeros no quedaron completamente satisfechos, pudieron consolarse con esta otra expresión: «Y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí.» En toda esta escena se manifestó Jesús decididamente como el Mesías, pero de una manera disimulada, y no vemos que en adelante hubiese variación en sus sermones para dar mayor claridad a su representación mesiánica.

Cuando los enviados de Juan se retiraron, se refirió más a Juan que a sí mismo y dijo al pueblo que había ido en masa al desierto a oír a Juan: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?» Esto quería decir evidentemente que Jesús esperaba una contestación negativa, porque Juan no era una caña movida por el viento, sino un varón robusto, de voluntad enérgica é inflexible. Jesús continuó preguntando: «Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre cubierto de vestidos delicados? Pero los que se visten trajes preciosos, y viven en delicias, en los palacios de los reyes están.» Y como Juan no era ningún hombre aficionado a la vida regalada, continúa Jesús preguntando: «Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? También os digo, y aun más que profeta. Este es de quien está escrito: Hé aquí que envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de tí. Porque os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista, pero el más pequeño de los que viven en el reino de los cielos es mayor que él.» Este es un testimonio vigorosísimo de la impresión colosal que el Bautista produjo en Jesús; y además prueba que ya entonces eran considerados como sagrados los escritos de los profetas y leídos regularmente en el templo. A pesar del grandísimo aprecio que Jesús hizo de Juan, dijo que otras personas más pequeñas ó menos significativas eran todavía más grandes que Juan, entendiendo por estas personas las que viven en el reino del cielo. Esta expresión solo puede comprenderse cuando se conoce la idea de Jesús respecto de la venida del reino del cielo. Para Jesús no estaba Juan en el reino del cielo, pero estaban Jesús y sus adeptos. Esto indica que Jesús es el Mesías, pero solamente lo indica y no

lo dice: en cambio califica claramente a Juan de precursor y aparejador del camino que conduce al reino del cielo. Jesús encontró evidentemente el trabajo de Juan como aparejador del camino del cielo en los sermones de penitencia de este santo varón. Después de haber manifestado en términos tan importantes su opinión sobre Juan, reflexionó Jesús sobre el éxito de la predicación del Bautista, y compara este éxito con el suyo investigando su causa: «Y todo el pueblo oyéndole, y los publicanos, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. Mas los fariseos y los doctores de la ley desearon el consejo de Dios dentro de sí mismos y no se bautizaron.» Aquí hay que notar que en aquel tiempo no imitaba el pueblo en todo a los fariseos y doctores de la ley, y de estos habla Jesús cuando dice: «¿Con quién compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, y que dan voces los unos a los otros, y dicen: os dimos música con flautas y no bailasteis; os recitamos endechas y no llorasteis. Porque vino Juan el Bautista que ni comía pan ni bebía vino, y decís: demonio tiene. Vino el hijo del hombre, que come y bebe, y decís: este es un hombre comilon y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Y la sabiduría es justificada por todos sus hijos.» De suerte que los fariseos y doctores de la ley vienen a ser en este sermón hijos de la sabiduría; pero ni Juan ni Jesús querían bailar al són de su música, es decir, que ni en su actitud ni en sus sermones se regían por las doctas observaciones de los fariseos y doctores. Por lo mismo Juan y Jesús no son los hijos de la sabiduría de aquel tiempo. Otros muy distantes de ellos alaban la sabiduría anunciada por Juan y Jesús. De paso notaremos que en este discurso lo mismo que en la defensa que Jesús hizo de la omisión del ayuno de sus discípulos, se manifiesta el carácter social y alegre de Jesús, muy diferente del carácter cenobítico de los sermones del Bautista.

Aquí conviene explicar dos conceptos que resaltan en los sermones de Jesús y sin cuya comprensión cabal no se entiende bien el juicio que Jesús hizo de sí mismo. Jesús tuvo acerca de la venida del reino del cielo una idea muy diferente de la generalmente admitida en su país y habló también con frecuencia del hijo del hombre. Sin embargo, el reino del cielo, ó sea el reino del porvenir que ha de bajar del cielo como prometido y regalado por Dios, no ha sido representado por Jesús de otra manera que por sus contemporáneos judíos tocante a su futura realización; y sin duda ninguna figuró la venida del reino celestial como se indica en las profecías antiguas, a saber: el hijo del hombre viene impensadamente con los santos ángeles sentado en las nubes del cielo y juzga a los individuos. No se comprende bien por la descripción si la ciudad de Jerusalén será entonces destruida ó si ha sido destruida ya antes; pero respecto de la destrucción del templo fué Jesús evidentemente más allá de sus predecesores. En cambio no entró nunca en descripciones de las magnificencias del futuro reino, y las expresiones que autores posteriores le han atribuido respecto de este punto, han sido eliminadas con muy buen tacto por la Iglesia. Solo ha quedado esta única expresión: «Porque os digo, que no beberé más del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios;» expresión que evidentemente supone la creencia en un imperio futuro terrenal. Distínguese en cambio Jesús muy particularmente de sus contemporáneos por el concepto que se había formado de los deberes que imponía la venida de este reino, ó para expresarnos con más exactitud, Jesús se distinguió de sus contemporáneos, no solamente por el concepto que se había formado del reino del cielo, sino por el enlace de esta esperanza nacional del pueblo judío con su ideal particular de la humanidad. Desde luego sorprende en él la

energía con que aconseja buscar afanosamente este supremo bien. Así dice: «Ninguno que poniendo su mano al arado mira atrás, es apto para el reino de Dios;» esto lo dice a un adepto que quiere despedirse de los suyos antes de seguir a Jesús. «El reino del cielo es semejante a un tesoro escondido en un campo, que un hombre encontró y tuvo secreto, y vendió cuanto poseía y compró el campo. Y el reino del cielo es semejante a un mercader que buscaba perlas nobles y cuando hubo encontrado una vendió todo cuanto tenía y la compró.» Esto quiere decir que para alcanzar el reino del cielo debemos estar prontos a dar todo cuanto poseemos, lo cual supone al parecer dos cosas: primero, que el reino del cielo se encontrará en la tierra y que podrá alcanzarse abandonando en cambio todo. ¿Cómo puede comprenderse esto, cuando Jesús se figuró la llegada del reino del cielo como un suceso material? Para entenderlo hay que considerar la significación que Jesús dió a la aparición de Juan Bautista, según expresa en este pasaje: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, al reino de los cielos se le hace fuerza, y los valientes le arrebatan.» Esto no debe entenderse en el sentido de que el reino de Dios haya de ser conquistado por los judíos con las armas, porque en este caso habrían dado muy pronto cuenta de Juan el Bautista Herodes y los romanos, sino que debe tomarse en el sentido de que los hombres han de hacerse aptos para entrar en el reino del cielo por la penitencia. Lo mismo viene a decir esta expresión: «Mas procurad alcanzar el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas.»

Esta expresión completa la otra sobre Juan el Bautista, y para mayor inteligencia hay todavía una multitud de otras expresiones: «Estén ceñidos vuestros lomos y vuestras antorchas encendidas: y vosotros, semejantes a hombres que esperan cuando su señor ha de volver de las bodas; para que cuando viniere y llamare, luego le abran. Bienaventurados los siervos, a los cuales, cuando el Señor viniere, hallare velando; en verdad os digo, que los honrará y sentará a su mesa, y pasando les servirá. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, y los hallare así, bienaventurados son los tales siervos. Pero si supiese el padre de familia a qué hora había de venir el ladrón, velaría ciertamente y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, también estad apercebidos: porque a la hora en que menos lo penseis el hijo del hombre vendrá.» Con este discurso tiene gran afinidad la parábola de las diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran fatuas y cinco prudentes. Las fatuas tomaron sus lámparas, pero no llevaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, cabecearon todas y se durmieron. A la media noche oyeron un clamor: Hé aquí el esposo que viene; salid a recibirle. Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y aderezaron sus lámparas. Y las fatuas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron: Para que no nos falte a nosotras ni a vosotras, id antes a los vendedores y comprad para vosotras. Y mientras que ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban apercebidas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Y después vinieron las otras vírgenes diciendo: Señor, señor, ábrenos. Mas respondiendo él, dijo: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora, en que el hijo del hombre ha de venir.» Aquí ya se comprende por qué Juan y Jesús presentan la postrera venida del reino de Dios como la venida de un juicio. Un día fué preguntado Jesús si eran pocos los que se salvaban, a lo cual contestó con esta exhortación: «Porfiad para entrar por la puerta angosta; porque os digo

se excepcional confirma la regla. Si Dios, pues, proporciona el alimento á las aves, Jesús infiere del mayor valor del hombre que Dios también procurará por su alimento, y á esto corresponde la idea como reverso de que el hombre con todo su cuidado no puede hacer mucho. «Y ¿quién de vosotros podrá con su afán añadir á su estatura un codo? Pues si no podeis aun lo que es menos, ¿para qué os afanais por lo que es mas?» Luego da con una nueva imagen de la naturaleza otra prueba de la inutilidad de semejantes afanes: «Considerad los lirios cómo crecen; no labran, no hilan, y en verdad os digo que ni Salomon con toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si así viste Dios á la yerba, que hoy está en el campo y mañana es echada en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe?» Aquí manifiesta Jesús un concepto muy diferente del valor del hombre, del que se encuentra en el Deutero-Isaías ó en algunos salmos, en los cuales se dice una vez que toda carne es yerba, y otra vez que el hombre es en su vida como yerba. Convencido de este mayor valor del hombre, dice Jesús á sus oyentes: «Vosotros, pues, no penseis en lo que hayais de comer, ó hayais de beber, ni esteis en ansiosa perplejidad, como las gentes del mundo: que vuestro padre sabe que necesitais estas cosas. Mas pensad en ganar el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.» Con esto ha llegado Jesús á hablar de la idea en cuya realizacion se evidencia el valor particular del hombre. No fija con precision el pensamiento del *reino de Dios*; solo añade que el afán de alcanzar este reino de Dios tampoco debe ser tímido ni angustioso, y por esto dice: «No temas, oh rebaño pequeño, pues place á vuestro padre daros el reino.» El pequeño rebaño significa evidentemente aquí los discípulos de Jesús, cuyo reducido número contrasta con la plenitud de poder que se les promete, por manera que el reino al cual invoca, se presenta como análogo á los demás reinos existentes. Además, de la expresion repetida *vuestro padre*, se deduce que Jesús trata de transmitir á sus discípulos su fe de ser hijo de Dios, adquirida en su vision del bautismo. Esta exhortacion á la confianza en Dios termina con la recomendacion siguiente, destinada á inculcar en el ánimo de sus discípulos el insignificante valor de los bienes materiales y el grandísimo de los bienes morales: «Vended lo que poseeis y dad limosna; haced bolsas que no envejezcan, tesoros indestructibles en los cielos; á donde no llegan ladron ni polilla: así donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.»

Segun este discurso, los discípulos no debian afanarse ni por lo mas insignificante como alimento y vestido, ni por lo mas elevado, como el reino de Dios, porque Dios les quiere dar lo uno y lo otro (1), de lo cual resulta la seguridad del amor y bondad de Dios que hemos visto inculcada ya en el sermón del Monte; y así como allí el amor al enemigo expresa toda la magnitud del amor humano, del mismo modo aquí el amor de Dios se muestra en toda su magnitud en el amor á los pecadores. En tres parábolas magnificas expresó Jesús este pensamiento del amor de Dios á los pecadores: Dios va en busca de un alma humana extraviada como el pastor busca la oveja descarriada, y así como el pastor se

(1) La misma confianza tranquilizadora respira la oracion que Jesús enseñó á sus discípulos cuando le suplicaron: «Señor, enséñanos á orar como Juan enseñó á orar á sus discípulos.» La oracion que les enseñó estaba concebida en su origen así: «Padre! santificado sea tu nombre, venga tu reino; danos cada día nuestro pan para el día siguiente; perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos á todo el que nos debe, y no nos pongas en tentacion.» Aquí hay dos súplicas relativas á la causa de Dios, una súplica concerniente al bien material del que ora, y dos que se refieren una á lo pasado y otra al porvenir, relativas al bien moral del que ora. El *padre* perdona cuando los hijos se perdonan mutuamente.

alegra cuando ha encontrado su oveja y se la lleva á su redil, también se alegra Dios cuando el alma humana descarriada vuelve á seguir el camino verdadero. Ya en las sepulturas de las catacumbas se representó, como es sabido, por medio de la imagen del pastor que lleva la oveja que ha encontrado, la vuelta del alma á su patria celestial. La segunda parábola del amor de Dios á los pecadores, consiste en una pobre viuda que de tres dracmas que tenía ha perdido una y que enciende el candil y barre la casa y busca con diligencia hasta hallarla, y cuando la ha hallado, junta á las amigas y á las vecinas, diciendo: dadme el parabien, porque he hallado la dracma que había perdido. Es muy importante observar que en la Iglesia se ha visto desde muy al principio en esta parábola, no tanto el amor de Dios, al que Jesús evidentemente aludió, como el amor de Jesús mismo á sus ovejas. En estas parábolas señaló Jesús el ideal que le impulsaba y que tantos enemigos le atrajo, como bajado del cielo sobre los demás hombres; y como todo él estaba identificado con esta idea, logró expresar en la tercera parábola, la mayor de todas, de una manera incomparable el amor divino enfrente de la miseria humana hundida en el pecado. Empieza la parábola describiendo cómo el hombre entra en esta situacion miserable, y dice: «Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo á su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me pertenece; y él les repartió la hacienda. Y no muchos días despues, juntándolo todo el hijo menor, se partió lejos á una provincia distante, y allí derrochó su hacienda viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una grande hambre en aquella provincia, y comenzóle á faltar, y se llegó á uno de los habitantes de aquella tierra, el cual le envió á su hacienda para que apacentase los cerdos; y deseaba henchir su vientre de las algarrobas que comian los puercos, mas nadie se las daba.» Hasta aquí se refiere lo que sucede todos los días y por lo mismo es tan convincente. Es la historia de siempre, del jóven que derrocha su dinero y que por lo mismo y por una calamidad general se hunde en la miseria. Sigue la parábola: «Y volviendo, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezo de hambre! Me levantaré, iré en busca de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado tu hijo; empléame como uno de tus jornaleros.» La miseria en que este jóven cayó por sus pecados y su desgracia le impulsó al arrepentimiento y á la enmienda. Es un valioso complemento de las dos parábolas de la oveja descarriada y de la dracma perdida. En esta última parábola se nos manifiesta la manera empírica que Dios emplea para buscar al hombre perdido. El trozo siguiente de la parábola pinta el amor de Dios, que perdona al pecador: «Y levantándose fué donde estaba su padre. Y estando todavía lejos, vió su padre, y movido á misericordia, corrió, le echó los brazos al cuello, y besóle. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra tí, y ya no soy digno de ser tu hijo. Mas el padre dijo á sus siervos: Sacad el principal vestido, y vestidle, y pon un anillo en sus manos, y zapatos en sus piés; y traed el becerro mas gordo, y matadle; y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido; habíase perdido, y ha sido hallado.» Aquí podía Jesús haber concluido si su objeto se hubiese limitado á exponer claramente su idea de Dios; mas quiso conquistar á esta idea de Dios un terreno firme y fructífero; porque si se censuraba el trato de Jesús con individuos á quienes la religion de la ley miraba como perdidos, se habría censurado también la idea de Dios que proclamaba Jesús, porque no estaba conforme con la antigua idea judaica de la santidad de Dios. Por esto añadió Jesús la última parte de su parábola, en la cual desde luego refutó toda obje-

cion; así dijo: «Y comenzaron á regocijarse. Y su hijo el mayor estaba en el campo; el cual como vino y llegó cerca de casa, oyó la sinfonia y las danzas; y llamando á uno de los criados, preguntóle qué era aquello. Y él le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha muerto el becerro mas gordo por haberle recibido salvo. Entonces él se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él respondiéndole, dijo al padre: Tantos años há que te sirvo, no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, y nunca me has dado un cabrito para regalarme con mis amigos; mas cuando vino este tu hijo, que ha consumido tu hacienda con ramerías, has matado para él el becerro mas gordo.» Aquí se expresa sin ambages la censura de los hombres dirigida á la injusticia de Dios, por alegrarse mas de la enmienda del pecador que de la fidelidad del justo; pero Jesús acalla esta censura con una reprension al censor sencilla y por lo mismo evidente, diciendo al final de la parábola: «El entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era menester hacer fiesta y holgarnos, porque este tu hermano muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado.» ¿Y no es la compañía permanente de Dios y la certidumbre de que todo lo que posee el padre es asimismo del hijo, también una propiedad positiva suficiente para compensar la alegría de Dios por la enmienda de un pecador? Difícilmente pudo contestar Jesús mejor y en menos palabras.

A pesar de esto quiso Jesús manifestar la justicia de Dios en la admission de un pecador, en otra parábola expresa: El reino del cielo, dice, es semejante á un hombre, padre de familia, que salió por la mañana á ajustar obreros para su viña; despues volvió á salir diferentes veces, á las tres, á las seis y á las nueve, y ajustó cada vez otros obreros; la última vez salió á la hora undécima y también ajustó obreros, y al fin de la jornada dió tanto á los últimos como á los primeros, ajustados en un denario al día, «y viniendo también los primeros pensaron que debian recibir mas; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y tomándolo, murmuraban contra el padre de la familia, diciendo: Estos postreros solo han trabajado una hora, y los has hecho iguales á nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día. Y él respondiéndole dijo á uno de ellos: Amigo, no te hago agravio: ¿no te concertastes conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero yo quiero dar á este que vino el último tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero de lo mio? ó ¿es malo tu ojo porque yo soy bueno?» El solícito cuidado con que Jesús aquí y siempre atendió á las objeciones de sus contrarios, le distingue de los profetas de todos los tiempos y prueba lo mucho que aprovechó la enseñanza de los doctores de la ley, de los cuales justamente pudo aprender el atender á cosas nimias y de poca importancia, pero siempre manifestó su amor así atendiendo á las razones de sus contrarios como refutándolas con serena superioridad.

El punto central de todos los sermones de Jesús es el concepto de que el perdón de Dios y el que los hombres se dan mutuamente borra las deudas, y que el hombre cargado de culpas, obra prudentemente procurando que la conciencia de sus culpas no paralice sus propósitos y esfuerzos morales, sino que al contrario le dé mayor vigor para dedicarse al bien. A esta idea vuelve constantemente. Estaba convidado á comer en casa del fariseo Simón, cuando una mujer pecadora de la ciudad lo supo, acudió, y colocándose detrás de sus piés comenzó á regalarlos con lágrimas y los enjugó con sus cabellos, y los besó y ungió; todo esto con gran horror del fariseo, al cual Jesús refirió una historia: «Un acreedor tenía dos deudores, el uno le debía 500 denarios, y el otro

cincuenta, y no teniendo ellos de qué pagar, perdonó la deuda á ambos. Dí, pues, ¿cuál de estos le amará mas?» Simón contestó con razon que el que ha recibido mas. Entonces señaló Jesús á la mujer y dijo: «A ella se debe perdonar mucho, pues que ha amado mucho.» Esta parábola va mas allá que la del hijo perdido y la de los obreros de la viña, porque marca también para la inteligencia del fariseo la necesidad del perdón de Dios. En la relacion de los hombres con Dios solo se trata de mas ó menos culpa, y como Jesús no se contentaba con una fe teórica del amor y del perdón de Dios, quiso aplicar esta fe á la práctica y despidió á la mujer en estos términos: «Tu fe te ha salvado, vé en paz.» La fe de que Jesús podía salvarla de su miseria pecadora había atraído á esta mujer, y sabiendo Jesús que Dios busca á los pecadores para perdonarles y volverlos al buen camino, perdonó él á la mujer, le quitó la angustia de su corazón y le dijo que se fuese en paz.

De este final se infiere la grande importancia que daba Jesús á la realizacion de un ideal definido de la vida; de cuyo ideal formaba parte la confianza en Dios, confianza que aun en medio y á pesar de los pecados, no debe perderse jamás, para que el hombre tenga la firmeza que enseña la parábola al final del sermón del Monte. Por esto ha señalado Jesús también el método claro que debe seguir el individuo pecador y que tiene conciencia de la magnitud de su pecado. Esto lo demuestra en la parábola del mayordomo tramposo, parábola mal entendida con mucha frecuencia: «Había un hombre rico el cual tenía un mayordomo; y éste fué acusado delante de él de disipar sus bienes. El amo le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de tí? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás mas ser mayordomo.» No hay duda que aquí se representa la relacion del hombre culpable para con Dios; el hombre ha administrado mal los dones de Dios, y no puede dar cuenta de su administracion sin que se descubra su culpa. «Entonces el mayordomo dijo dentro de sí: ¿Qué haré, que mi señor me quite la mayordomía? Cavar, no puedo; mendigar, tengo vergüenza. Yo sé lo que haré, para que cuando fuere separado de la mayordomía, otros me reciban en sus casas.» Aquí nos presenta Jesús en un monólogo del mayordomo, al hombre que á pesar de su culpa ante Dios trata de salvarse, y lo hace de esta manera inteligente: «Y llamando á cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi señor? Y él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu obligacion y siéntate presto, y escribe cincuenta. Despues dijo á otro: ¿Y tú cuánto debes? Y él dijo: Cien coros de trigo. Y él le dijo: Toma tus recibos y escribe ochenta. Y el Señor alabó al mayordomo malo por haber procedido discretamente; porque los hijos de este siglo son en su generacion mas sagaces que los hijos de la luz.» El mayordomo malo ha engañado á su señor, pero haciendo bien á los deudores de su señor, se ha asegurado buen recibimiento en las casas de estos deudores, para el caso de perder su empleo. La moral de esta parábola no puede tener mas objeto que inspirar á los oyentes de Jesús el deseo de recobrar la salvacion perdida por el pecado con actos benéficos á favor de otros deudores de Dios, porque á esta idea corresponde el final de la parábola: «Y yo os digo: hacedos amigos de las riquezas de maldad, para que cuando faltareis os reciban en las moradas eternas.» Esto es en primer lugar una exhortacion dirigida á los que poseen bienes injustamente y no los pueden devolver á su propietario, y Jesús les dice que empleen este bien injusto á favor de otros para asegurarse así un sitio en la vida eterna. Por supuesto que en esta parábola no quiere decirse que el bien hecho á otros borre el pecado cometido anteriormente, ni que esta manera de hacer el bien sea suficiente para ganar